

Mahón



S.M./R.

Epoca II. Año III Alayor 30 Noviembre de 1912 S/ Núm 114

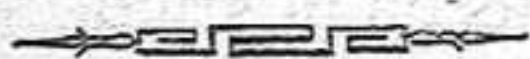
Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

El Adviento



El adviento es tiempo de penitencia y oración, que la Iglesia ha establecido para preparar a sus hijos a celebrar dignamente las solemnes fiestas de Navidad. Antiguamente era una segunda Cuaresma, que los fieles santificaban con el ayuno, la oración y otros ejercicios de penitencia, como lo hacen en nuestros días muchas Comunidades religiosas, fieles observantes de las santas costumbres de nuestros mayores.

El misterio que se conmemora, especialmente en las cuatro semanas de Adviento, es la venida del Salvador al mundo y a nuestras almas. La Iglesia, para excitar en nosotros vivos deseos de recibirle, nos hace oír con frecuencia los inspirados acentos de los Patriarcas

y Profetas, que suspiraban por el Mesías tantas veces prometido y con tanto amor esperado. Suspiremos también nosotros con la Iglesia nuestra Madre, por la venida de Jesús, y preparémosle digno recibimiento en nuestros corazones, purificándolos por medio de la penitencia, el arrepentimiento y la oración.

Patrón de la semana

San Francisco Javier, Confesor



Nació San Francisco en el Castillo de Javier, en el Reino de Navarra, de padres nobles y ricos, y desde su infancia se inclinó al camino de la perfección. Pasó a Paris, y en aquella Universidad estudió con tal aprovechamiento, que se graduó de maestro en artes. Tuvo por condiscípulo y compañero al beato Pedro Fabro, con quien se junto San Ignacio de Loyola, y con su fervorosa conversación los ganó de tal manera, que

determinaron seguirle en sus santas empresas y en la fundación de la compañía de Jesús. Encendióse tanto San Francisco en el amor de Dios, que hizo voto con los demás compañeros de San Ignacio de ir a Jerusalém.

Partió a Roma, y de allí a Portugal y a las Indias peregrinando descalzo y con suma molestia por sus continuos ayunos, aunque favorecido con divinos consuelos. Habiendo peregrinado por todo el reino del Japón y convertido a más de un millón de almas a la fe de Cristo, deseó pasar a China para iluminarla con la luz del Evangelio. Mas el Señor puso fin a su peregrinación y trabajos dándole en premio la eterna gloria, lo cual manifestó con infinitos milagros, entre los que se cuentan mas de veinticinco muertos resucitados. Falleció el día 2 de Diciembre del año 1552, siendo canonizado por Gregorio XV el día 12 de Marzo de 1622.

Quién los quiera...

Hoy lo sicalíptico
lean pornográfico,
o mejor bribónico;
brilla por doquier,
y reina el escándalo,
imperera lo cínico
y toda la mímica
propia es de burdel.

Dirán que soy rígido
o quizás hipócrita
al hacer la crítica
del teatro inmoral;

mas me importa un rábano
de que el mundo mísero
haga tales cálculos
de mi humanidad.

Y soy casi idólatra
del poema escénico,
bien sea dramático
ora haga reir;
mas mi amor frenético,
con ser tan volcánico,
pierde en ciertas fábulas
su fuerza motriz.

Y me llamen púdico,
o si quieren místico,
o quizás estólido,
o fatuo tal vez,
ciertos espectáculos
mal llamados cómicos
me son antipáticos
a más no poder.

Si un vate energúmeno
hace un despropósito
de argumento impúdico
que llena de horror,
creo que ridículo
que le aplauda el público,
así tenga música
de algún semidios.

Y si otro romántico
traza un plan mefítico,
de argumento tétrico,
falto de verdad,
me parece lógico
que, por vía higiénica,
con terrible estrépito
le silben al tal.

Y pues juzgo ilícitos
los escritos lúbricos

por los frutos pésimos
que causan al bien,
que me llamen púdico,
o quizás hipócrita,
ciertos espectáculos
no los quiero ver.

B. DE LA ENCINA.

Estudios Sociales

LO QUE SE PIERDE EN EL JUEGO



Jamás te aficiones, porque—fíjate bien—«es el arte de perder todo menos la esperanza de ganar», «Se pierde» en primer lugar «lo que se pierde». Y esto es mucho. No he de meterme en cálculos matemáticos. La cosa es bien simple. ¿No veís como prosperan todas las casas de juego? Pues todo eso lo pierden los jugadores. Aun fuera de las casas de juego y suponiendo que jugáis en las condiciones más equitativas, es evidente que en el juego se pierde lo que se pierde.

«Se pierde lo que se gana»

Porque el cebo de la ganancia lleva otra vez a jugar hasta que se pierde lo que se había ganado. Raro, rarísimo será el que si gana se retire del juego. Raro el que con el juego haya enriquecido. Los hay, sí, que se retiran del juego con una gran ganancia. Pero en primer lugar esto es raro. Además el que gana sigue jugando por el cebo, hasta que vuelve a perder. Y

luego, cuando uno gana se le pegan sin sentir una plaga de gorriones, y en copas y juergas y alegrías se va la mitad de lo que ganó; en fin, el dinero ganado sin trabajo se pierde sin utilidad, porque parece dinero sobrante, es lo más frecuente gastar lo ganado en cualquier chuchería que no luce, en cualquier golosina o diversión y sobre todo, en vicios, en Baco y en Venus...

La historia de todos los jugadores tiene dos capítulos. 1.º Cómo se pierde lo que se pierde. 2.º Cómo se pierde, lo que se gana. Lo que se pierde se va; lo que se gana se derrama.

«Se pierde la paz»

Porque el juego es una de las pasiones que más alteran al que juega. Acercaos a una mesa de juego, observad las posturas violentas, las facciones desencajadas, las palabras bruscas, los afectos agitados, la ira, el deseo impaciente, la rabia inquieta, la ansiedad febril, mezclada de temor y zozobra... Suelen decir que en la comida y en el juego se conoce lo que es el hombre. El juego esto es tan verdad que tomado por diversión y no por interés se le sueltan al que no está muy en sí todos los afectos y pasiones.

«Se pierde el placer»

Para divertirse se ha hecho el juego... y sinónimo es juego de di-

versión. ¿Pero pensáis que los jugadores se divierten? Lejos de eso las partidas de dinero desazonan los juegos más honestos y simpáticos.

«Se pierde la vida de familia»

El juego, la baraja, la ruleta os retiene sin sentir horas y horas... Vuestra esposa, vuestra madre, llora sola en casa, vuestra hija, vuestra hermana acompaña la soledad de su madre, tristes y pensativas, mientras vosotros prolongáis las tardes y las noches en el café para volver después alicaído y sin decir una palabra, desgafiado, sombrío y tal vez arruinado... a la familia donde debíerais haber estado desde la tarde y con la que debíerais haber gastado lo que habéis perdido...

«Se pierde la afición al trabajo»

Precisamente esta es la páfida filosofía del juego. El ansia de ganar sin trabajar, el esperar del azar, de una carta, de una billa, de un palo, la fortuna que sólo es fruto del trabajo.

«Se pierde la hacienda.»

Porque ya dije que en el juego se pierde todo menos la esperanza; no se retira, pues, el jugador del juego mientras tenga una peseta que perder. Al contrario cuanto más veces ha perdido, más se aferra en el jugar, considerando que alguna vez le ha de tocar de pa-

gar y que pues tantas ha perdido, cerca debe estar la vez de ganar.

Y mientras ésta viene, sigue y regularmente perdiendo.

¿Quién será tan poco versado en mundo que no haya visto, no uno sino muchos arruinados por el juego?

«Se pierde la libertad.»

El jugador que pierde, busca quien le preste lo que ha perdido.

Un usurero, un tunante, un enredador le sigue los pasos, y con una de las innumerables perfidias que ellos saben, le enredan en sus cadenas, de las que ¡ay! cuando saldrán?... El juego es el padre fecundo de las deudas y de los compromisos.

«Se pierde la conciencia»

El que juega, ciégase para no ver sus deberes, y en pos de sus falaces esperanzas de ganar, y sobre todo de recobrar lo perdido, juega lo que va a tener, juega lo que es suyo, juega lo que es ajeno juega lo que tiene de otros, lo de su mujer y lo de sus hijos, y lo de su amo, lo de sus amigos, lo de su caja, lo de su administración y lo de su regimiento... Los más de los desfalcos, de los fraudes, de las sustracciones, tiene su móvil primero en el juego.

Se pierde el crédito

¿Quién se fiará de un jugador? ¿Quién le dará su administración, su caja, su dinero? El jugador es

un saco roto. Nadie echará en él una peseta si quiere conservarla.

Se pierde todo

¡Ay! el juego es una cadena infame que comienza por una diversión, y, por una serie de eslabones ignominiosos, acaba en un tribunal, en una cárcel, en una desesperación, en un suicidio...

Si queréis. jugad para divertirnos, no para ganar; jugad a juegos de industria, no a juegos de azar; a juegos claros, no a juegos ocultos; pocas horas y aún horas jamás, tardes y noches... poco, muy poco, poquísimo, nunca grandes sumas, lo vuestro, jamás lo ajeno.

Padres

si vuestros hijos juegan, no les paguéis lo que juegan, dejadlos a las consecuencias del juego, al deshonor de no pagar, al peligro de ser encarcelados. Más vale que pasen sus apuros una vez cuando jóvenes, que no que después cuando varones les pasen ellos y los hagan pasar a los demás...

Señoritas:

por nada del mundo os caséis con un jugador, y aunque se muestre honrado mientras os hace el amor, desconfiad de él porque cuando os coja os jugará lo vuestro y, si a mano viene, a vosotras mismas.

Y tú, amigo mío,

si no juegas todavía no te metas por Dios en este sendero tan enzarzado y resbaladizo. No vayas a casas de juego, que son antesalas de las cárceles, de los tribunales y de la desesperación.

Y si quieres jugar créeme, hay dos juegos preciosos que te darán más que todos los juegos: el juego del trabajo y el juego del ahorro.

X.

Yerran los que de buena fé, sin miras terrenas y sólo por el bien de la religión, militan en el partido conservador, abrigando la cándida esperanza de contener los avances revolucionarios y sanear poco a poco el ambiente político purificándolo de miasmas sectarios.

V. CLARO.

De cómo se forman los revolucionarios

Una sociedad se hace revolucionaria cuando no reprime los motines y las malas pasiones que minan en su seno los grandes principios religiosos y políticos, que son la base de todo orden social. Pero aquí sólo me ocupo del individuo, y

para éste principia casi siempre muy temprano.

¿Véis aquel niño que muerde y pega a su madre? Es un revolucionario en lactancia. A los cinco años hace ruido en su casa, e impone su capricho a su padre y a su madre; éste es un revolucionario en ciernes. De estudiante, se mofa de sus maestros, rompe sus libros, y no hace más que calaveradas; es un revolucionario ganando cursos en la Universidad. De aprendiz, se forma para el vicio, insulta a los sacerdotes que le prepararon para su primera comunión, a los buenos Hermanos a quienes, tal vez, deba su educación gratuita; es un revolucionario que va formándose. De obrero, se rebela contra su principal, lee y comenta los periódicos demagógicos, se queja del superior, entra en las Sociedades secretas, hace fiesta los lunes y jamás los domingos, y si se presenta ocasión, sube a las barricadas; es un revolucionario emancipado.—Ahi tenéis al revolucionario de chaqueta.

El revolucionario de levita y gabán es en el colegio un discípulo indisciplinado; sus costumbres están corrompidas mucho antes que tenga edad para ello: prepara motines, y tanto hace, que lo expulsan. Llega a la adolescencia, corriendo de liceo en liceo, ya corrompido, sin ambicioso y determinado; es demócrata sin saber en qué consiste esto; y si sabe algún tanto ensuciar papel, escribe artículos de periódico; es un revolucionario meritorio. Escribe para el teatro, o folletos; si su prosa tiene aceptación, si por ella logra influencia, una de dos: o *pesca* un empleo, un puesto lucrativo, y

entonces se vuelve hombre de orden; o al contrario, *no pesca*, y entonces conspira, firmemente decidido, si la cosa va bien, y si llega al poder, a apropiarse lo más que pueda del bien público y a suprimir el *fanatismo* y la *superstición*; he aquí un gran revolucionario, padre de la libertad. En una palabra, se hace un hombre revolucionario, acostumbándose a rechazar la autoridad paterna, religiosa y política. El gusto de la rebelión se desarrolla cada año más, y bajo la inspiración del demonio, se vuelve muchas veces un verdadero malvado.

Cómo se deja de ser revolucionario

Las sociedades dejan de serlo haciéndose católicas, completamente católicas, y los individuos acudiendo al sagrado tribunal de la confesión. No existen otros medios para lograrlo.

La revolución es la rebeldía, el orgullo, el pecado; la confesión, y con ella la muy dulce y santa comunión, es la humilde sumisión del hombre a su Creador: es el amor, la fuerza el orden.

He conocido a uno de estos felices convertidos del campo revolucionario. Habíase entregado a todos los excesos de la rebelión del espíritu y del corazón, había rechazado a la Iglesia como a una cosa anticuada y perjudicial, la autoridad, como un yugo vil. Siendo representante del pueblo, y perteneciendo al partido de la *Montaña*, había soñado no sé qué regeneración social. Honrado, sin embargo, en el fondo y sincero en sus extravíos, pronto vió abrirse delante de sí unos abismos que jamás hubiera sos-

pechado; vió de cerca a los revolucionarios, con sus proyectos y sus obras. Partidario de los famosos principios del 89, vió salir de ellos las fatales consecuencias del 93; cogió a la revolución in fraganti..., y conducido al bien por el exceso mismo del mal, tendió sus brazos desesperados hacia aquella Iglesia que había desconocido; se arrepintió, examinó, creyó, y depusó a los piés del sacerdote, junto con la carga de sus pecados, la librea horrorosa de la Revolución. Esto sucedió cerca de diez años ha, y desde entonces ha encontrado paz y felicidad. Hace un bien inmenso a su alrededor, dedicándose con santo ardor al servicio de Jesucristo. Y en las filas poco cristianas de nuestros jóvenes demócratas, ¡cuántos nobles corazones, engañados por las *utopías* revolucionarias buscan esa paz y esa felicidad sin poderlas encontrar! Las aspiraciones de sus almas no quedarán satisfechas sino cuando se sometan al dulce yugo del Salvador, y cuando, volviéndose verdaderos católicos, experimenten el poder divino de la palabra evangélica: «Venid a mi, todos vosotros los que sufris y los que trabajais; yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestras almas.»

Y lo que es verdad para el individuo, lo es también para la sociedad; el hijo pródigo, el mundo moderno, miserable por estar lejos de la casa paterna, lejos de la Santa Iglesia, no encontrará reposo más que a los piés de Jesucristo y de su Vicario sobre la tierra.

M. SEGUR.

Un médico incrédulo en Lourdes

(Para «El Pervertir»).

En un periódico francés, «Express de l' Ouest», escribía el año 1908 un médico con la firma Luis D....

«La oficina de comprobaciones me traía trastornado. ¡Ah! ¡Cuanto he visto durante esta semana! Buscaba firmas de médicos conocidos, las he visto de los más ilustres y menos sospechosos de clericalismo, al pie de los certificados. Más todavía. He asistido a enfermos auténticos en el Hospital de los Siete Dolores y mientras curaba ciertas úlceras, me decía a mi mismo: «éstas sí que son verdaderamente incurables». Hubo algunas que al día siguiente estaban curadas.

He auscultado a dos tísicos en último grado, ambos condenados a una muerte muy próxima. Me dijeron que uno de ellos había ofrecido su vida por la curación del otro. El primero falleció al día siguiente a la hora misma en que el segundo salía curado de la piscina con pulmones enteramente renovados.

Al poner mi oído sobre su pecho no pude observar el menor ronquido.

He examinado a un hombre, ciego desde hacia cinco años. Se había presentado en el hospital Rotschild, donde no había sido admitido «porque era un caso incurable». Se fué al hospital de los Ochenta. Los médicos comprobaron la existencia de una retinitis pigmentaria, afección ante la cual la ciencia médica se declara impotente.

Este hombre ve hoy perfectamente. Ha recobrado, no la cuarta parte de su vista, como él pedía, sino las cuatro cuartas partes.

Es preciso ser médico y conocer la desesperante lentitud de la naturaleza, para no volverse loco ante transformaciones tan súbitas e instantáneas.

En cuanto a los que atribuyen a los nervios la fabricación de hermosos pulmones recién hechos, o la reducción de una factura, les considero dignos de ser encerrados en Charenton.

Cuando consideraba que el remedio empleado es un baño de algunos segundos en un agua fría que hace tiritar aun a los sanos; que esta agua debía acabar con la vida de los tuberculosos; que no podía tener eficacia para abrir ojos, soldar huesos, cicatrizar llagas, me veía acometido de un verdadero vértigo.

Siéntese que una fuerza superior pasa por la muchedumbre. Los creyentes dicen que es la Virgen; es verdaderamente hermoso y consolador. Ya sabes que no puedo ocultar mis impresiones. Estaba conmovido y dominado. Felizmente, no soy ni judío ni masón y vivo honestamente. No estoy prevenido ni tengo prejuicios contra los católicos. «Yo estoy por la verdad. Pues bien, le voy a decir la verdad: creo en el milagro porque lo he visto.

No deduzcas de esto querido amigo, que estoy convertido. No me he confesado y vuelvo de Lourdes sin haber comulgado. «Pero reconozco que la incredulidad en que yo vivía respecto a lo sobrenatural, es una «necedad». Sólo por razones personales y no por razones cien-

tíficas, se puede negar la intervención de Dios en hechos así comprobados.»

He prometido volver el año que viene ¿Quién sabe? Tal vez la virgen se inclinará hacia mi alma.

No «será el menor de sus milagros.»

Hasta la vista, querido amigo; le estrecha afectuosamente la mano.»

DR. LUIS D...

De «El Buen Combate.»

CRONICA

Hemos recibido la visita de la excelente revista «Tradición y Progreso» que se publica en Valencia.

Gustosos establecemos el cambio deseando a esta publicación toda suerte de prosperidades.

Desde Mahón

En la Academia de los Estanislao Solemnisimo resultó el triduo que los academistas marianos celebraron en la propia capilla del establecimiento los días 22, 23 y 24 del actual en honor de su excelso patrón.

Por la mañana del domingo día 24 hubo misa de comunión en la que después del Santo Evangelio predicó el Rdo don Esteban Quintana Pbo, Vicario de Villacarlos. Por la tarde finalizó el solemne triduo predicando el Rdo Cura-párroco castrense de la fortaleza de Isabel 2.^a Dn David Araújo, Pbo. Siguió luego la imposición del districtivo de congregantes a buen número de aspirantes.

Corresponsal